

Librero de bolsillo

12

POR HORACIO LÓPEZ. FOTOS DE SUSANA PÉREZ. A la sombra del pasaje Santa Catalina, un caballero de ancho bigote abre la puerta de su negocio —templo absoluto de la lectura en Córdoba— y nos invita a charlar sobre estos últimos cincuenta años, los libros, la vida y sus cosas. El venerable oficio de juntar a los autores con su público.

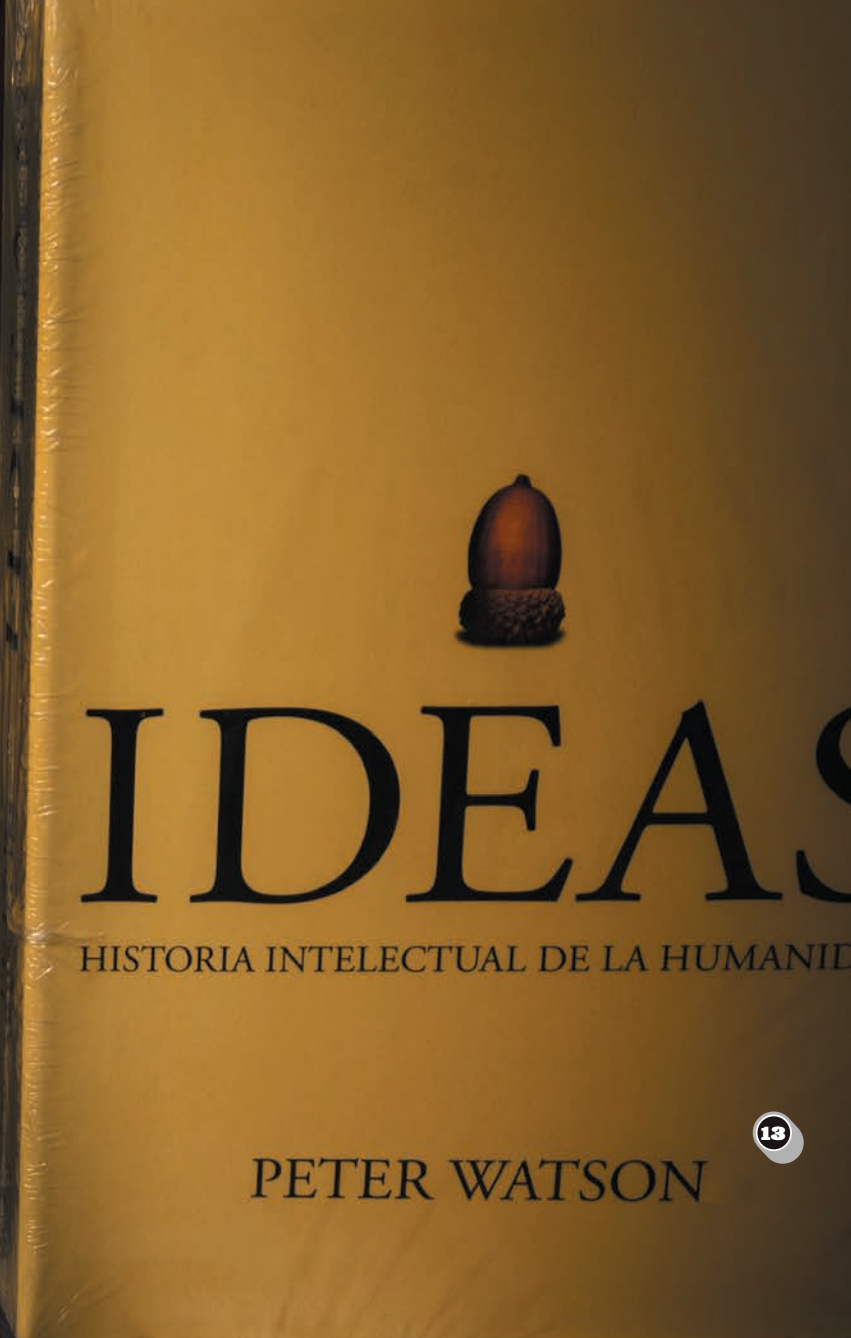
El 2015 fue un año de doble celebración para el librero Rubén Goldberg. En junio pasó a integrar el "club de los setentistas" (1945) y a la par celebra sus cincuenta años como vendedor de libros (1965). Nada menos que las bodas de oro entre dos épocas; dos siglos, dos librerías: Paideia, la mítica casa de la calle Deán Funes, y la actual, que lleva el nombre de su creador, en el pasaje Santa Catalina. En esa área grande del centro, a lo largo de medio siglo Rubén jugó el ochenta por ciento de su existencia. Su metro sesenta y pico, el andar algo chaplinesco, su cabello siempre

largo y fino y su viejo bigote, ahora blanco y copioso, se integran al paisaje cotidiano. Acaso no podría tener mejor ubicación una casa de libros: entre el viejo Quijote y un almacén de ricos sabores. De lunes a sábado, él y su plantel de vendedores dan vida a un universo de letras y pensamiento.

Pero imposible hablar de su actual vieja librería si no viajamos un poco hacia los inicios. Como buen futbolero que es —tallarín hasta el fémur— podemos referirnos a Rubén en ese código: aquella librería, Paideia, sería como el club que lo catapultó a Primera. Y tuvo un

orientador táctico fundamental: el tío Bernardo, hermano de su madre, fundador del espacio y quien le enseñó los rudimentos de ganarse la vida vendiendo libros. *"Empecé ahí a los 20 años y se me abrió el mundo, una apertura a lo intelectual... una transformación de la cabeza, un clic. Yo no era un gran lector, leía diarios, pero no muchos libros. Además, el tratar con nueva gente, con nuevas ideas, me fue forjando de un nuevo esqueleto mental".*

Clima de época. La guerra de Estados Unidos contra Vietnam; el Mayo del 69; la revolución



cubana en sus primeros sobresaltados pasos; la caída del Che en Bolivia; la lucha y asesinato de Martin Luther King por ser negro; el Cordobazo obrero/estudiantil. En fin: un mundo en guerra y en guerrillas, cosas grosas que trastocaron una generación. Su generación. Aquella que quería cambiar el mundo. Parte de esa efervescencia política y cultural que flotaba aquí y allá, era el festival folklórico de Cosquín; aún muy nuevito, pero no por ello desteñido de época. Este encuentro de canto y danza evitó de algún modo que el pueblo/hospital de Santa María de Punilla desapareciera ante el fin del tratamiento hospitalario a personas afectadas por tuberculosis y otros males. Aquel Rubén, con 20 años, era vecino de esta localidad donde terminó la secundaria. En enero del 65 el país escuchó por primera vez la voz de "una tucumana purísima". Al muchacho, ya frecuentador de aquellas lunas, le quedó grabada su imagen cantando en la confitería Pan de Azúcar, lugar de culto, donde coplas y copas se prologaban hasta la salida del sol. "¿Cómo olvidarme de Mercedes Sosa vendiendo su disco por las mesas?"

Rubén es algo arisco para pisar la pelota y charlar un rato. Su negocio lo mantiene vigía, con un "ida y vuelta" importante. Aunque puesto a charlar, charla. Le agrada desgranar vivencias coleccionables. Una vez que entra en calor es difícil pararlo. Pone su mirada entre el marco de los anteojos y el inconfundible mechón sobre su frente. Cuenta, relata, detalla. Señala que esta librería es una prolongación de Paideia y con cierta sorpresa agrega que un cliente le dijo que lo conocía desde hace cuarenta y cinco años. ¡Ni él lo recordaba! Aquel espacio literario y político era punto de encuentro de un grupo de caracterizados jóvenes de la intelectualidad cordobesa de izquierda. Eran como sus parroquianos del día a día... Goldberg los enumera temiendo inevitables olvidos: Oscar del Barco, José María Aricó, Héctor Schmucler, Enrique Lacolla... También, como hoy, era constante el desfile de poetas y pintores como Antonio Seguí. Le pregunto por el emblemático Agustín Tosco, el combativo líder sindical de Luz y Fuerza. Y a Goldberg le viene a la mente: "¡SI! También iba, de entresemana con su conocido mame-

Su metro sesenta y pico, el andar algo chaplinesco, su cabello siempre largo y fino y su viejo bigote, ahora blanco y copioso, se integran al paisaje cotidiano.

Goldberg recuerda que, a tres días del 24 de marzo un grupo de soldados irrumpió en Paideia, pero no tocaron un libro. *“Yo me llevaría todo de acá —dijo uno de los militares—. Pero no vengo con esa orden”.*

luco, y los sábados iba de saco”. Tan ancho es el camino explorado por Rubén entre libros, que incluye dos dictaduras militares. La de 1966 a 1973 (Onganía, Levingston, Lanusse) y la más cruenta, de 1976 a 1983 (Videla, Galtieri, Bignone). Es de suponer que alguna molestia le fue ocasionada. Pero Goldberg solo recuerda que, a tres días del 24 de marzo, un grupo de soldados irrumpió en Paideia, pero no tocaron un libro. *“Yo me llevaría todo de acá —dijo uno de los militares—. Pero no vengo con esa orden”.*

El gran saludador

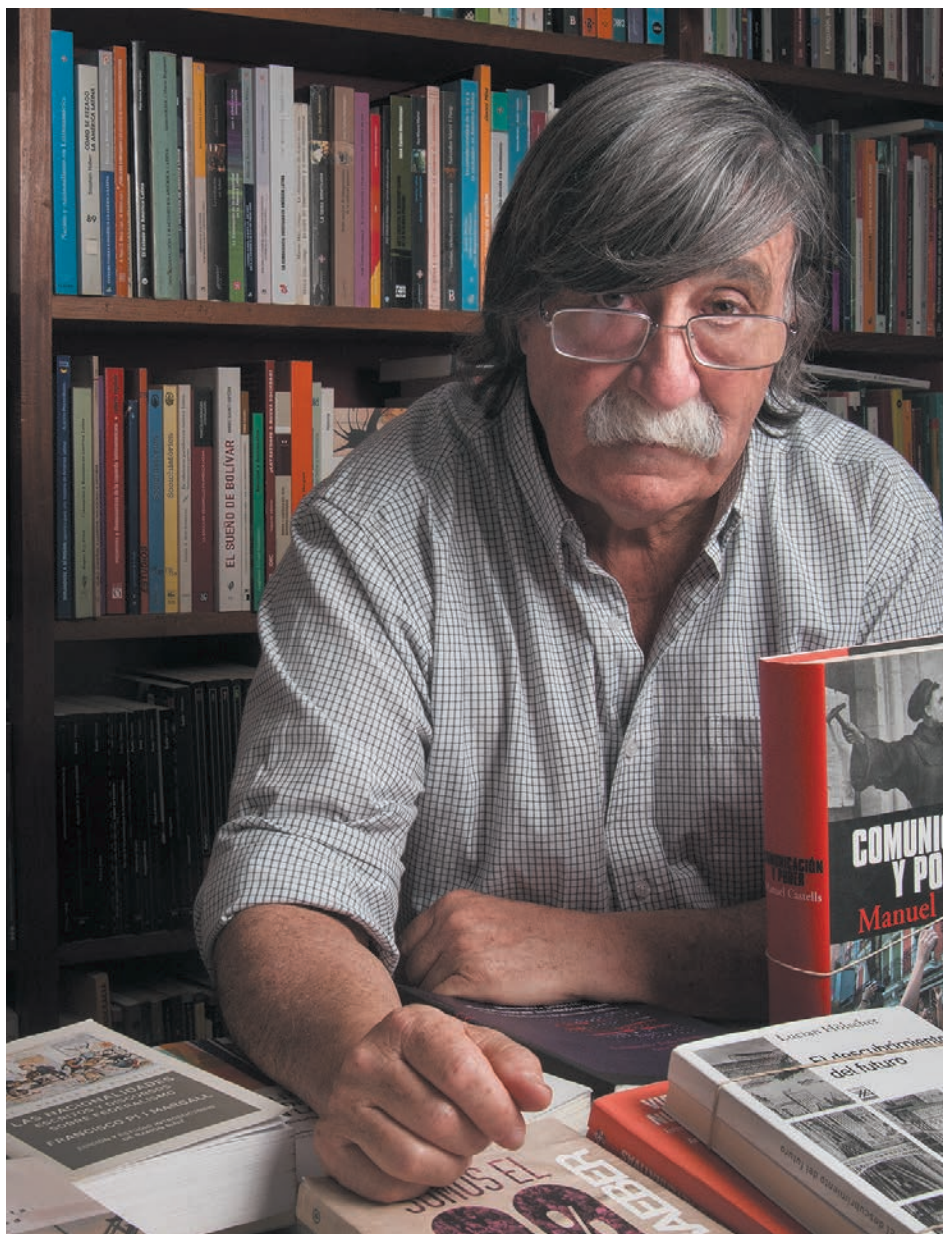
Llevaba ya 13 años trabajando junto a su tío y a Rubén le vino el anhelo de volar hacia otro nido. Ya integraba el equipo de los casados y ahora tenía ganas de destetarse comercialmente de su casa matriz. También a esa altura tenía doble vida laboral: librero entresemana y cronista deportivo en sábados y domingos. En efecto, Francisco “Pancho” Colombo, otro enorme periodista y poeta de esta ciudad, parece que le vio dotes para las crónicas de

fútbol. Rubén empezó jugando en el vespertino Córdoba y años después fue a integrar el equipo deportivo de La Voz del Interior. Pero volvamos al destete de Paideia. *“Uh —dice Rubén—, fue muy desgarrador. Para mi tío y para mí, muy desgarrador. Pero yo me sentía sólido como para tener mi propio negocio”.* Desde entonces, la imagen de Rubén se hizo postal en una góndola vidriada del Pasaje Central dando inicio a su nuevo rumbo “solista”. Después se mudó a un local más grande, en 9 de Julio. También había adquirido fluidez en su otro rubro, el de cronista, habiendo sido enviado a cubrir nada menos que la final del Mundial 78 al estadio Monumental de River. Holanda era el rival y, contrario a lo que 25 millones de argentinos deseaban, Goldberg hizo fuerza por la naranja mecánica. *“Me encantaba su fútbol total y, de paso, no le hacía el caldo gordo a la dictadura. No grité ni los goles ni celebré nada, es más, un año después escribí una nota haciendo hablar al palo derecho del arco de Fillol que salvó a la selección de la debacle en el minuto final”.*

No fue un tiempo fugaz el de Rubén en el periodismo deportivo cordobés. El mundillo lo conocía con el apodo de “Corcho” y al cabo de 17 años, vivió un ciclo victorioso de los clubes. Las

París con amores

Goldberg recuerda un viaje emblemático junto a dos entrañables amigos. En 1982 pisó París y otras ciudades europeas en compañía de Daniel Salzano y Juan Marguch, periodista de vieja escuela, editoralista de La Voz del Interior y “pirata en el asfalto de Alberdi”. *“Hice ese viaje porque Juan me hizo vender una antigua cámara de fotos suya que estaba a la vista en mi librería. Pasó un tipo, le gustó, me preguntó el precio. ‘Vendésela’, me dijo Marguch. Y con ese dinero me dijo ‘andá a comprar los pasajes’. ¡Así de loco! La cosa es que primero nos encontramos con Salzano en Madrid, donde vivía, y después nos fuimos a París a encontrarnos con Juan. Nos alojamos y salimos a caminar, porque Marguch no había llegado. Caminábamos por el Barrio Latino, por los Campos Eliseos y izas!, apareció este loco. Le preguntamos cómo sabía que estábamos ahí... ‘¡Y dónde van a estar dos pajueranos!’, nos contestó. Pasamos días espléndidos caminando por París. Te imaginás... con Salzano y Marguch, pasábamos por tal lado y evocaban una película o un libro. ¡Salzano se llenó la valija de jazz!”.*





Los libros son para los lectores, no para venderlos

Bernardo y su sobrino Rubén, dos tipos a los que había que gambetear. ¡Eran tan lindos los libros de Paideia! Y tan inaccesibles para estudiantes con pretensiones de lectores y bolsillos desfondados, que no quedaba otro camino que el delito. Uno, desde la vereda nomás, tomaba algún libro de los exhibidores y lo hojeaba mientras se movía imperceptiblemente hacia la derecha, hasta que al levantar la vista veía el letrero de El universitario, librería que estaba pegada a la de Bernardo Nagelkop, el tío de Rubén. Ese era el momento de colocar el libro bajo el brazo y salir caminando por Deán Funes hacia la calle Trejo.

Siempre pensé que Bernardo y sobre todo Rubén se hacían los distraídos pero sabían todo. Con sorpresa pude leer hace poco un artículo de Oscar del Barco del que extraigo estos párrafos: *"Paideia era una 'librería', en el viejo sentido de la palabra. Se parecía más a una biblioteca que a un negocio. Tenía el salón de ventas, la trastienda, el desván, el baño-cocina, las paredes y los pasillos, todo estaba lleno de libros hasta el techo. Por allí circulábamos. ¿Quiénes? Mejor sería preguntar ¿quiénes no? Pancho (Aricó) en primer lugar, incluso cuando se*

fue a vivir a Buenos Aires lo primero que hacía cuando nos visitaba era ir a Paideia a buscar libros, a veces decíamos a 'rescatarlos' ('rescatarlos' —manera pudorosa de decir robarlos— por varias razones: la primera, porque los libros son escritos para los lectores y no para venderlos; la segunda, porque debíamos impedir que otro cualquiera se llevara ese libro; la tercera, porque no teníamos plata y necesitábamos leerlo; etcétera. Íntimamente creo que Bernardo hacía la vista gorda con algunos de sus amigos...)". En ese ambiente se fundó el Rubén librero que conocemos hoy, allí también nació la amistad que tuvo una primavera feliz en el diario Córdoba. Éramos todos improvisados periodistas deportivos, copiadores de las plumas de la revista Primera Plana que dirigía Jacobo Timerman y, sobre todo, amigos felices y desinformados. Con Eduardo Solís, Roberto Reyna, Amadeo Fiori, Raúl Fernández, Mitái Pelayo y otros compartíamos redacciones, lecturas, ideas, bares y aventuras. A Rubén lo recuerdo haciendo repiquetear una Olivetti Lexicon con sus dedos índices, sacándose un mechón de pelos de los ojos con una mano y haciendo correr el carro de la máquina de escribir con la otra.

Lo recuerdo también a mi lado, en una tribuna improvisada al borde de la cancha de River coronando una jornada inolvidable en la que Argentina fue campeón mundial en medio del horror y Goldberg lamentó la mala suerte de Rensenbrink, picante wing holandés que estrelló su disparo en el palo derecho de Fillol cuando expiraba el partido. Lo recuerdo contándome luego que no se resistió al champán que sirvieron en el vuelo de vuelta, ni al miedo que le provocaron los saludos que el piloto le hacía hacer al avión. Después nos echaron a todos del Córdoba y con Rubén nos reencontramos en La Voz del Interior. Fue allí cuando empezó a dudar, a oscilar entre la librería y el diario, mientras ambos pretendíamos seguir subiéndolo escalones acuciados por sendas familias numerosas.

Uno pierde de vista muchas cosas cuando se mete en el caminito que la vida le marca. Por suerte, a Rubén lo seguimos teniendo en la mira. Ahora ya no le robamos libros como en los tiempos de indulgencia. Ahora se los sacamos fiados y rara vez se los pagamos.

ANGEL STIVAL
PERIODISTA

El hombre está entre los grandes saludadores y saludados del centro cordobés. Para todos tiene un comentario, un consejo, cargada o chiste; una gastada, un lamento, una ironía o simplemente un “préstamo de oreja”.

16

mejores experiencias y también los sinsabores ocurrieron en esa línea de tiempo. Talleres de entonces era el buque insignia. *“Debo tener por ahí las dos únicas fotografías: una con el ‘Flaco’ Menotti y otra con Daniel Willington y su padre, el ‘Toro’.* Símbolos de aquellos tiempos que a nivel periodístico también fueron muy buenos. Había una literatura deportiva, un lenguaje diferente. *¡Cómo se extraña hoy!”.*

Es un riesgo compartir una charla al sol de siesta con Goldberg en la propia “vereda” de su negocio. El hombre está entre los grandes saludadores y saludados del centro cordobés. Para todos tiene un comentario, un consejo, cargada o chiste; una gastada, un lamento, una ironía o simplemente un “préstamo de oreja”. Acaso la librería sea un teatro cotidiano donde las muecas y los diálogos de anfitriones y visitantes maten las vidas de ambos.

Los libros que quiere el dueño

A propósito, ¿cómo definir a la librería de Rubén? Hay muchas formas y quizás todas sean acertadas. “Lugar de culto”, dicen unos. El “templo”, dicen otros. El propio dueño la define sencillamente: una librería artesanal, lo que podría entenderse como una genuina “librería de autor”. Una tarde un conocido de la casa, mirando el diseño del negocio, pensó en voz alta: *“Este lugar tiene los libros que el dueño quiere”.* Lo relata Rubén como aprobando la definición. Al pedirle un tipo de balance de tantos años en este mundo de lecturas, lectores y lectoras, el hombre pone gesto de nostalgia y agradecimiento. Co-



Montaña de oro

De padre lituano (Enrique) y madre polaca (Paulina), Rubén nos cuenta el significado de su apellido: *gold* (oro) y *berg* (montaña). “*Yo tengo mi montaña de oro en mi familia y en mis amigos*”, afirma con ternura y certeza el librero del pasaje Santa Catalina. Ante el pedido de que arme el “equipo de sus amigos”, pone cara de “qué changa me estás pidiendo”. La verdad es que puede formar equipos para dos mundiales. El hombre los nombra, pero advierte que le puede “traer problemas” olvidarse de alguno. Respetamos ese temor y omitimos el listado. Lo que no se puede negar es que sin ser un adicto a Facebook, Rubén tiene una notable cosecha de afectos.

Un patrón en extinción

A él puedo preguntarle cómo preparar alguna comida, sobre restaurantes, personajes de Córdoba, sobre política, de historia argentina y mundial, consejos sobre cuestiones personales y muchas otras cosas. Es un hombre lúcido, práctico y creativo que me ha enseñado a ser librera. Además, su alegría es contagiosa. Puede refunfuñar, estar enfermo, nervioso, pero no pierde la jovialidad y su humor inteligente y espontáneo, lo que significa un ambiente relajado para trabajar. Puedo decir, sin exagerar, que no ha habido un solo día en que Rubén no haya salido con alguna de sus ocurrencias que me hacen estallar a carcajadas. Me encanta que imponga libros, por ejemplo a la premio Nobel Alice Munro, cuando nadie la conocía, a Sándor Márai, a Erri de Luca, y yo empecé a hacer lo mismo con algunos autores. Es casi como un juego y reconforta saber que el lector vuelve contento y se lleva otro ejemplar para regalar o lo recomienda.

Anécdotas tengo muchas, insólitas sobre todo, en relación con los clientes: un día una mujer le dijo que cuando él muriera iba a pedir que lo embalsamaran. Pero si

tuviera que elegir una para recordar sería la que sucedió un día de verano a la sies-ta que no había nadie en la librería. Rubén estaba sentado en el escritorio y yo arriba de una escalera, en silencio, acomodaba los estantes, cuando escucho una especie de silbato. Al principio no sabía de dónde venía. Me parecía raro porque sonaba tres veces, hacía una pausa y arrancaba de nuevo. Era Rubén que soplabá un capuchón de lapicera y luego empezó a vitorear un “¡Vamo Talleres!”. Así, de la nada.

Mi jefe, y es raro nombrarlo de esa forma, porque es más bien como un padre, es una especie de patrón en extinción. Podría haberme desamparado (sí, esa es la palabra aunque no sea apropiada para una relación de empleador/empleada) en momentos críticos de mi vida; sin embargo, me dio la posibilidad de seguir en la librería con una paciencia generosa y desinteresada. Para él, esta postal con profundo cariño y agradecimiento.

MARIELA LAUDICINA
POETA

menta asombrado que por Facebook, red social de la cual es poco usuario, hay muchos halagos y buena crítica a su casa de libros.

“¿Sabés qué vale? La intuición, el oficio”. Dice Rubén que cuando un cliente entra por primera vez, él percibe qué obra anda buscando. Le secretea al cronista: “Yo huelo si es de derecha y entonces ya sé qué sugerirle. Ese olfato te lo dan los años, nada más”.

El de Rubén es un espacio donde coexiste una diversidad de disciplinas y mentalidades. Hay Política, Comunicación y Filosofía. Hay Arte, Historia y Psicoanálisis. Hay Literatura, Ciencias Sociales y Poesía. En un rincón de la doble vidriera o escaparate puede convivir el *Libro Rojo* de Jung con Frida Khalo, la biografía de Nelson Mandela o un librito con mandalas para relajarse pintando. Rubén gusta de destacar al gran panel de lectoras amantes de buenas novelas y de Ciencias Sociales. Y los nuevos lectores, jóvenes, que se enganchan con libros de poesía, teatro y cine. Quien indaga por algo del famoso Chopra o *Mi lucha* de Hitler, o cosas por el estilo, no vaya a buscarlo ahí.

La disyuntiva kirchnerismo sí/ kirchnerismo no, también desembarcó hace años en los ámbitos libresco. Lo de Goldberg no es la excepción. Destaca autores de “uno y otro lado” que tienen gran salida. Cita al periodista Jorge Lanata como fenómeno paradigmático. Y al filósofo José Pablo Feinman como el espadachín del modelo, incluyendo a Horacio González y Juan Eduardo Jozami como arietes importantes. El cordobés Pablo Rossi también se ubica en uno de los estantes con su último libro *Populismo nunca más*. Tantos títulos, tantos autores, tanta pasión por defender o defenestrar el signo político que marcó los últimos doce años en el país, llevaron a Goldberg a pensar que por

las noches, en la oscuridad, “*esos libros hablan entre sí*”. Celebro su ocurrencia e imagino a estos autores abriendo ácidos debates nocturnos, entre chistidos de silencio provenientes de los demás anaqueles donde otros de sus pares duermen plácidamente.

¿Lee un vendedor de libros o está empachado y se abstiene? Son intrigas que a uno le vienen en la charla con este especialista. ¿De chico le gustaba algún libro como a mí *Las aventuras de Tom Sawyer*? “*De chico, adolescente, me marcó Robinson Crusoe, de Horacio Defoe. Ya como librero me anoté un poroto importante con un libro de Sándor Márai, la novela El último encuentro, que es la historia de dos amigos. Suena pedante, pero a ese libro lo impuse yo, empecé a venderlo cuando no lo conocía nadie y después fue best seller. Otro libro muy solicitado por lectores (de derecha) fue el del francés Jean Larteguy: Centuriones, Mercenarios, Pretorianos*”.

Portador de cierto aire polifacético, Rubén cuenta que tiene un micro en un programa de Radio Nacional. Comenta libros y habla de un rubro que conoce: la comida. Alquimia sagrada para intelectuales, pateen con la izquierda, pateen con la derecha. Señala al periodista Luis Rodeiro como el cocinero “*nacional y popular*” de alta escuela y al barbado abogado riverplatense Luis Reinaudi pisándole los talones. Y si tiene que sugerir algún plato, no tiene duda: milanesas a la napolitana o ñoquis con hongos de un conocido restaurante de la calle Alvear.

Al cierre de la charla, Goldberg responde respecto a la irrupción digital en el mercado del libro. Los audiotextos, los libros digitales, parecen no generarle mayores temores. Dice que el año pasado hicieron una considerable

Jugando con la marea

Diez años antes de su aventura en Francia, Goldberg y su flamante esposa decidieron, para el viaje de bodas, España como destino. Era 1972, año de disputa de los Juegos Olímpicos de Munich, y con 27 años Rubén cumplió un sueño-record, hasta hoy imbatible. Luego de almorzar en un lugar llamado La Barceloneta, paseando por la costanera, sintió la impostergable tentación de tomarse un baño en el mar de Serrat.

“*Como no tenía la malla me tuve que meter con la bikini de mi señora, que la llevaba en el bolso. Me cubrí con un poncho, me la puse y me tiré. ¡Era mi primera vez en el mar! ¿Qué sentí? La inmensidad, la inmensidad...*”.

Los años trajeron a Ivana, Javier y Daniel, los hijos, quienes ya lo hicieron siete veces abuelo. ¿Les habrá contado de aquella proeza?

aparición, pero que según su modesto entender el libro de papel no correría peligro de muerte. Aun así, aclara: “*Yo supe decir que la computadora nunca reemplazaría al libro porque no se podía llevar a la cama. ¡Frase célebre, pero fallida!*”